



Orígenes de la agricultura en Perú

Por décadas se ha discutido si la agricultura desempeñó un papel tan importante en las civilizaciones antiguas de Perú como en las de Mesopotamia, Egipto, India y China. La duda surgió



porque hay pocas evidencias sobre el cultivo y uso del maíz, lo que sugería que en Perú esta planta se usaba sólo con fines ceremoniales y que la civilización de los Andes dependía de los recursos marinos.

Esto cambió con los resultados de una investigación dirigida por Jonathan Hass, del Museo Field de Chicago, en la que participaron investigadores de la Universidad Peruana Cayetano Heredia, de la Universidad de Illinois y de la Universidad de Nebraska. Los colaboradores encontraron importantes evidencias microscópicas de restos de maíz que datan del periodo Arcaico Tardío (entre 3000 y 1800 años a. C.).

Después de años de estudio, Hass y sus colegas aseguran en un artículo publicado en la edición de febrero de la revista *Proceedings of the National Academy of Sciences*, que durante el periodo Arcaico Tardío en Perú el maíz fue el principal componente de la dieta.

Las excavaciones arqueológicas se realizaron en 13 sitios en los valles desérticos de Pativilca y Fortaleza, al norte de Lima, en restos de residencias, basureros, cuartos ceremoniales y zonas de cultivo. Las evidencias macroscópicas de maíz como granos, hojas, tallos o mazorcas fueron poco frecuentes, pero al analizar muestras del suelo, los científicos encontraron una gran cantidad de polen. Actualmente ahí se siembra maíz, pero los granos de polen son más grandes y en las muestras actuales siempre se encuentran mezclados con el de casuarinas, planta australiana que se introdujo en Perú mucho más tarde y que está ausente en las muestras antiguas.

De 126 muestras de tierra que se analizaron, 61 contenían polen de maíz, dato que es similar al de otros sitios donde este cultivo era el componente principal de la dieta. También se analizaron 14 fragmentos de herramientas y en 11 de ellas se detectaron rastros de maíz. Pero fue en los coprolitos, materia fecal conservada, donde el equipo encontró la evidencia más contundente: en 62 coprolitos (34 de humanos, 16 de perros domesticados y el resto de otros animales) el 69% tenía restos de maíz.

La investigación confirma así la importancia de la agricultura en el surgimiento de las civilizaciones del mundo.

La superioridad de la ciencia

La ciencia es altamente valorada en toda sociedad actual. No sólo es mencionada en discursos de los políticos, pláticas de café, obras literarias, series de televisión y hasta en anuncios (“este champú está comprobado científicamente”) como fuente de conocimiento autorizado. También, en el terreno de los hechos, recibe apoyo con dinero público, se enseña en escuelas y universidades, se desarrolla en instituciones de investigación financiadas por el Estado, está incluida en las leyes y forma parte de las instituciones que asesoran al gobierno.

Aun así, la mera insinuación de que la ciencia pudiera ser superior a otras formas de conocimiento provoca reacciones que van del levantamiento de cejas a la indignación más violenta. ¿Quién pretendería, en el mundo actual de tolerancia, diversidad, multiculturalidad y relativismo, que alguna actividad humana sea superior a cualquier otra? Tal afirmación se considera políticamente incorrecta, insultante, discriminadora y sobre todo, falsa.

Y no les falta razón a quienes hacen tales críticas. A pesar de su indudable valor y su gran éxito, la ciencia no es la verdad absoluta. La idea de que el conocimiento científico es el único válido en cualquier tema, y que sólo el método científico es adecuado para estudiar cualquier problema, descalificando cualquier otra postura como “simples creencias”, es conocida como *cientificismo*. Y es, acertadamente, criticada como un exceso de confianza en la ciencia, y una muestra de ignorancia ante los aportes de otras formas de conocimiento.

La filosofía, las humanidades, las artes y hasta la religión, cada una en sus propios ámbitos, pueden ser formas de enfocar problemas y de hallar soluciones útiles y pertinentes mucho más adecuadas que la ciencia. Pretender, a partir del método científico, resolver un enredo amoroso, crear una obra de arte o proporcionar consuelo a un alma afligida por la muerte de un ser querido resultaría más bien absurdo. Y lo mismo puede decirse, muchas veces, respecto a asuntos históricos, políticos o económicos: todas son áreas en las que la ciencia no tiene la última palabra... muchas veces ni siquiera tiene gran cosa que decir.

Aun así, cuando se trata no del mundo humano, mucho más complejo, sino del mundo natural, la ciencia ha demostrado ser la mejor fuente de conocimiento con que contamos. No porque proporcione verdades absolutas ni eternas —el conocimiento científico se caracteriza por ser cambiante y provisional—, sino porque nos da conocimiento *confiable*. Confiable porque ha sido sometido a prueba, y porque resulta de descartar las ideas que no han resistido este escrutinio.

Cuando se refiere a la naturaleza, la ciencia es quizá no la “mejor” fuente de conocimiento, pero sí la más honesta.

comentarios: mbonfil@unam.mx